

## **DOMINGO SEXTO DE PASCUA**

1ª lectura (Hechos 15, 1-2.22-29): *El Espíritu Santo y nosotros, hemos decidido.*

Salmo (66, 2-3.5-6 y 8): «*Oh, Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben*»

2ª lectura (Apocalipsis 21, 10-14.22-23): *Me enseñó la ciudad santa, que bajaba del cielo.*

Evangelio (Juan 14, 23-29): *El Espíritu Santo os ira recordando todo lo que os he dicho.*

La Resurrección de Jesús es motivo de plenitud y de confianza. Porque este es un hecho tan singular que es el sentido de la vida cristiana. No es posible reducir esta grandeza de Jesús a unos días: necesitamos toda la Pascua, que es como decir toda la vida, para aprender a vivir como resucitados. Llenos de alegría, aunque nos cueste. Esta fiesta de Dios en Jesús resucitado es una fiesta sin fin.

Ya sabemos que junto a la grandeza de Jesús está nuestra pequeñez humana. El deseo de destacar, de imponer nuestros criterios, de triunfar y aparentar... Y sabemos que la convivencia –que es una tarea y una posibilidad– es también costosa, porque nos cuesta mirar al otro para ayudarlo. Y así, la aventura de vivir, llena de grandezas, está también llena de pasos equivocados.

Algo así, en la convivencia diaria, les vino a pasar a los primeros seguidores de Jesús, como nos dice Hechos. Surgieron dudas, el querer imponer unos u otros criterios para seguir al Maestro. Pero fueron descubriendo, con esfuerzo, que tenían la fuerza del Resucitado, y que esto les lanzaba a romper posturas cerradas, a buscar lo importante por encima de las diferencias creadas. Pero hicieron suya una certeza: todos –judíos y griegos–, personas y pueblos, tenemos que vivir alabando a Dios Padre que rige el mundo con justicia.

La alabanza a Dios es la vida plena del hombre, poder estar con Dios con algo entre las manos. Bueno, con unas obras de misericordia tanto espirituales como corporales: *instruir, consolar, perdonar..., pero también dar de comer, vestir, ayudar.* La Jerusalén del cielo enviada por Dios no es para dejarnos tranquilos, ¡ya lo hará Dios!, sino para movilizar nuestra entrega. Somos testigos del Resucitado. La Gloria de Dios nos ilumina; no seamos opacos, de los que no dejan pasar ningún resquicio de luz.

Nunca ha sido fácil dar testimonio de Jesús, pero siempre hay quién lo ha hecho. Creyentes sencillos que hacen de su vida una Presencia de Amor. Y que están entre nosotros. Nos fijamos bien: si guardamos la Palabra de Dios (pero, ojo, no como un “depósito” cerrado, que justifique nuestra falta de entrega) el Padre nos amará, y hará Morada con nosotros. Este es Su deseo: habitar en nosotros, vivir con, hacer Familia. Sin morada, es decir, sin casa, sin protección, sin calor..., estamos despojados y vacíos. Pues Dios quiere hacer Morada, dice San Juan, una Morada donde nadie queda excluido, donde hay sitio para todos.

Dudas sí, problemas y fracasos también, pero siempre sin perder la confianza, audacia y entrega, porque Jesús resucitado no nos deja solos, y nos promete su Espíritu. Y esta Promesa siempre se cumple.

Jesús no entiende su despedida como tristeza porque su despedida es al mismo tiempo llegada, y es más importante la llegada que la despedida: «*El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él*». La ida de Jesús es al mismo tiempo llegada (íntima y personal) de la Trinidad. Por ella se convierte cada uno en misterio, en templo sagrado y objeto de meditación interior.

Si Dios habita en nosotros, nadie necesita hacer peregrinación ni al Tibet ni a Roma, nuestra relación con Él debe basarse en la intimidad de amor, y el cumplimiento de sus mandatos procede más de una exigencia interior que de una imposición desde fuera: «*El Espíritu Santo nos hará comprender todo*».

Nadie puede, por tanto, estar seguro de haber agotado la verdad, ni de estar en posesión de la mejor explicación posible de las palabras de Jesús. Hoy sabemos muchas más cosas que hace siglos y dentro de unos siglos sabrán más que nosotros. La fe y devoción se formula en dogmas y oraciones pero la “verdad” de la fe y de la devoción es otra cosa distinta de las fórmulas en que la expresamos. La acción del Espíritu lleva al conocimiento de la verdad completa. El Espíritu Santo nos hace razonables. El Espíritu Santo nos inicia en las cosas del espíritu, en las cosas de Dios. Muchas personas con escasa cultura pueden ser maestros en las cosas del espíritu y de Dios.

La mentalidad moderna nos hace especialmente sensibles a la realidad de la libertad. Primero para elegir y decidir por sí misma, y luego para reaccionar con alergia a lo que considera venir impuesto desde fuera. Sin excluir ni siquiera el Decálogo, por entenderlo como una imposición de Dios que dispone, impone, vigila y sanciona. Ser cristiano es seguir a Jesús tras una experiencia interior. El que ha tenido esa experiencia y ha oído la voz interior de Jesús, “libremente” organiza toda su vida según las exigencias de esa voz y “libremente” le sigue. Todo cambia. La obediencia se hace amistad, los mandamientos se convierten en consecuencia del amor.

Fue el amor lo que hizo a Jesús obediente hasta la muerte y Él nunca se sintió ni coaccionado ni esclavo sino perfectamente libre. Dios procede como buen educador: no control severo sino libertad responsable. No se es cristiano por creer en Dios sino por creer en Dios revelado por Jesús, que quiere establecer su morada en el corazón de los que creen. **De ahí nace la paz de Cristo que el mundo no puede dar.**